

mamita

M. R.

N°27

LA PALMERA GIGANTESCA — PETITA II —



20 Cts.

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

mamita
M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago.

AÑO I. N.º 27.—Santiago de Chile, 18 de diciembre de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Subscripción anual \$ 9.—

PREMIOS DE COLORIDO DE MAPAS
Provincia de Colchagua

PRIMER PREMIO:

Julia Maza A., Casilla 62, Curicó.

SEGUNDO PREMIO:

Carumen Ochoa, Gay 2334, Santiago.

TERCER PREMIO:

M. Virginia Mondaca, Prado 2102.

MENCIONES HONROSAS

Judith Fischer, Providencia 1445, Santiago; Enrique Soto B., Gorbéa 2925, Santiago; Enrique Zúñiga, San Felipe; Ramón Bravo Murphy, Dávila 864, Santiago; Julio Herwagen K., Casilla 3665, Santiago; Filomena Marticorena, San Vicente, Tacna; Sergio García Rogers, Díez de Julio 1639, Santiago; Misael Carrasco, Rancagua, Tropezón 1208; Víctor Espinosa, O'Carrol 786, Rancagua; Gregorio Bravo, San Alfonso 948, Santiago; Olga Troncoso, Las Heras 713, Valparaíso; Teresa Riquelme Olivares, Escuela N.º 161, Lampa.

PREMIOS DE COLORIDO
DE *mamita* N.º 22

PRIMER PREMIO:

Rebeca Lazo P., Av. P. de Valdivia 1881.

SEGUNDO PREMIO:

Teresa de Armas M., Cuevas 1159, Santiago.

TERCER PREMIO:

María Virginia Mondaca, Prado 2102, Santiago.

(Continúa en la página 29, con las **MENCIONES HONROSAS** del **CONCURSO DE COLORIDO**)



La Palmera Gigantesca



UY lejos, en uno de los desiertos de Oriente, hace muchos siglos, crecía una palmera gigantesca. Todos los que atravesaban el desierto tenían que pararse a contemplarla, pues era mucho mayor que todas las demás palmeras.

Un día apareció ante su vista algo que hizo estremecer de admiración su grandiosa copa. Allá lejos, al borde del desierto, aparecían dos únicos peregrinos.

Un hombre se aproximaba con una mujer. No tenían guía ni mulas, tiendas ni odres para el agua.

—Estos dos han venido aquí probable-

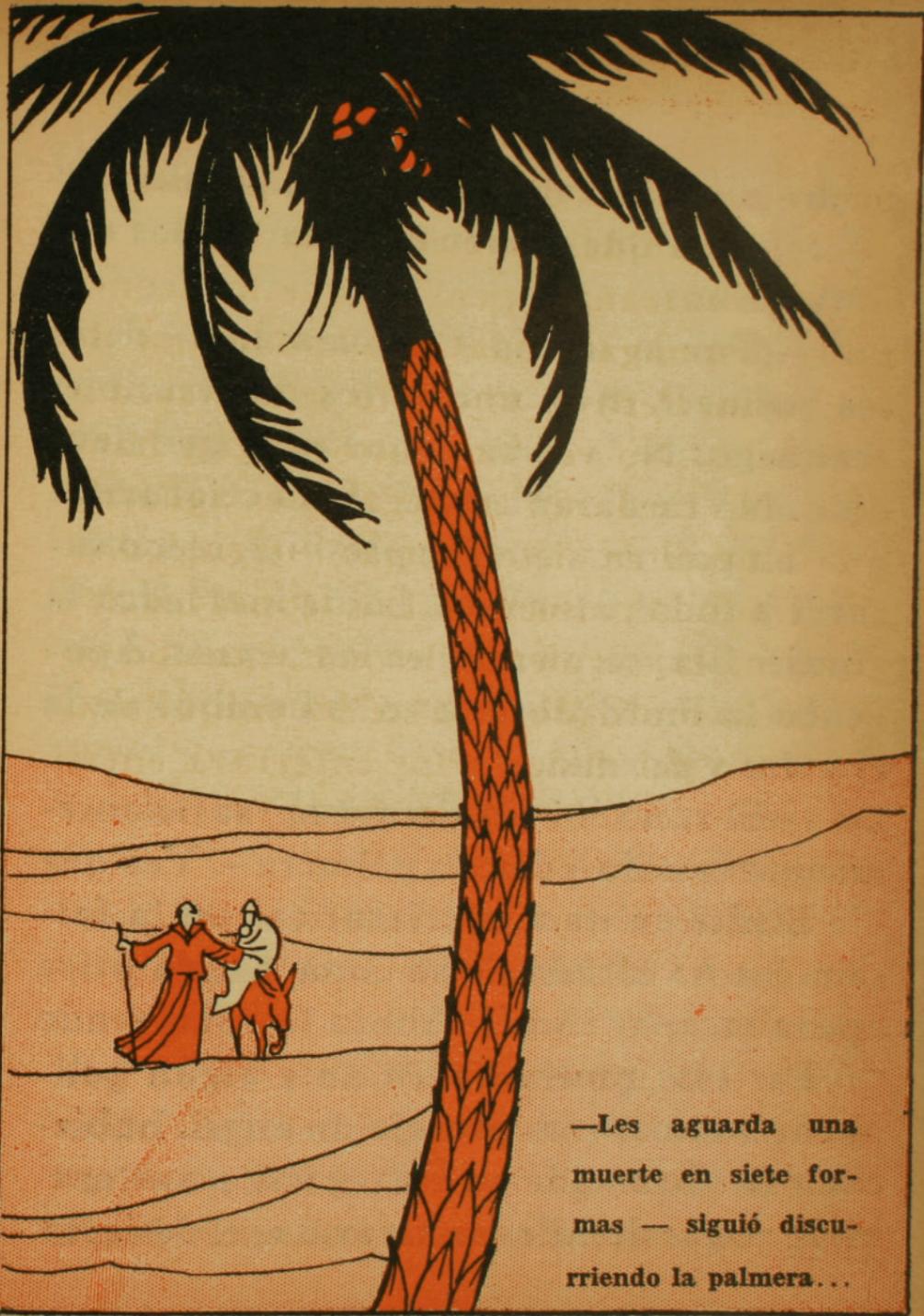
mente a morir – dijo para sí la palmera.

Miró rápidamente en torno suyo.

–Me extraña – pensó – que los leones no se dispongan todavía a apoderarse de ese botín. Pero ni uno sólo se apresura a asaltarles. No veo tampoco ningún bandido. No tardarán en llegar. Les aguarda una muerte en siete formas – siguió discurrendo la palmera –. Los leones los devorarán, las serpientes les matarán con su venenosa mordedura, la sed les aniquilará, el viento del desierto los enterrará entre las arenas, el sol ardiente les abrasará y el miedo les hará perecer.

E intentó dar otro rumbo a sus pensamientos. El destino de aquella gente le apenaba.

Pero la inmensa planicie arenosa que se extendía al pie de la palmera, no ofrecía a su vista nada que no conociese y hubiese contemplado hacía mil años. Nada



—Les aguarda una muerte en siete formas — siguió discutiendo la palmera...

consiguió cautivar su atención. Tenía forzosamente que volver a pensar en los dos peregrinos.

—¡Por la sequía y el huracán! — decía la palmera invocando a los dos terribles enemigos de la vida — ¿qué es lo que lleva esa mujer en los brazos? ¡Una criaturita!

La palmera, que era prósbita, como sucede a todos los viejos, había acertado: la mujer llevaba un niño en los brazos. Apoyaba la linda cabecita en el hombro de la madre y dormía.

—El niño ni siquiera está suficientemente vestido — dijo la palmera —. Veo que la madre cubre a la criaturita con la falda. Lo ha sacado de su cuna a toda prisa para escapar con él. Ahora lo comprendo todo: esas gentes huyen ante algún peligro. Como no los proteja un ángel, hubieran hecho mejor en entregarse a sus enemigos que decidirse a atravesar el desierto.

Puedo imaginarme lo sucedido. El hombre estaba trabajando, el niño dormía en su cuna, la mujer había salido a buscar agua. Aún no había andado dos pasos cuando vió a los enemigos que se acercaban. Retrocedió, tomó el niño en brazos, llamó al hombre para que la siguiera, y, entonces, se dieron a la fuga. Hará varios días que se hallan en camino, sin haber reposado seguramente, andando día y noche. Sí, todo debe haber sucedido así, y, sin embargo... como no los proteja un ángel... Se hallan tan atribulados que no pueden sentir cansancio ni mal alguno, pero veo que la sed arde en sus ojos. ¡Si conoceré yo la cara de una persona sedienta!

Y cuando la palmera pensó en la sed, un temblor convulsivo agitó su elevado tronco y las innumerables puntas de sus hojas se arrollaron como expuestas al fuego.

La palmera continuó meditando en alta voz, como hacen los viejos solitarios.

—Oigo un melodioso murmullo atravesar mi copa—dijo, de pronto—. Todas las puntas de mis hojas están vibrando. Me emociona contemplar a esos pobres forasteros. ¡Qué bella es esa mujer! ¡Y qué afligida está! Me hace recordar el acontecimiento maravilloso que me dió vida.

En efecto, hacía mucho, muchísimo tiempo, una bellísima pareja había visitado el oasis. La reina de Sabá había llegado allí en compañía del sabio rey Salomón. La hermosa reina tenía que volver a su país; el rey la había acompañado en su camino y ahora era el instante de decirse adiós.

—Como recuerdo de esta hora — dijo la reina — voy a hundir en la tierra este hueso de dátil y quiero que de él nazca, crezca y medre una palmera hasta que en el



—¿Qué es lo que lleva esa mujer en brazos? ¡Una criaturita!

país de Judea surja un rey más sabio y magnífico que Salomón—. Y al decir estas palabras, hundió el hueso de dátil en la tierra y sus lágrimas lo regaron.

¿A qué será debido que precisamente hoy recuerde tal suceso?—díjose la palmera—. ¿Acaso esta mujer es tan hermosa que me hace pensar en la más generosa de las reinas, en aquélla por cuya voluntad he crecido y medrado hasta el día de hoy? Percibo en mis hojas un zumbido cada vez más fuerte: el sonido es doloroso, como un canto fúnebre. Parece como si profetizara que alguien va a abandonar pronto esta vida. Bueno es saber que esto no rige para mí, ya que no puedo morir.

La palmera creía que el zumbido de muerte de sus hojas referíase a los dos peregrinos. Y ellos mismos creían que llegaba su última hora.

Al fin divisaron la palmera y el oasis

y se dirigieron en busca de agua. Pero cuando lograron su deseo, hubieron de entregarse a la desesperación, pues el manantial estaba seco. Aquella mujer, rendida de fatiga, colocó el niño en la arena y sentóse, llorando, junto al brocal del pozo. La palmera oyó que decían que era inútil pretender vivir.

Enteróse por su conversación de que el rey Herodes había hecho degollar a todos los niños de Belén, hasta los tres años de edad, porque temía que el rey de Judea, anunciado por los profetas, hubiera nacido ya.

—Mis hojas tiemblan cada vez con mayor fuerza — decía la palmera —. Estos desgraciados peregrinos deben hallarse próximos a su última hora.

—Dios nos socorrerá — decía la mujer.

—Estamos solos entre fieras y serpientes — respondía el hombre —. No tenemos



—Voy a hundir en la tierra este hueso de dátíl...

comida ni bebida. ¿Cómo va a ayudarnos Dios?

Lleno de desesperación se desgarraba los vestidos y reclinaba el rostro sobre la arena.

La palmera oía cómo el zumbido melancólico de sus hojas iba haciéndose cada vez más intenso. La mujer debía haberlo notado también, pues alzó su mirada hacia la regia copa del árbol gigante al par que levantaba involuntariamente los brazos.

—¡Oh! ¡Dátiles, dátiles! — exclamó.

Había un deseo tan anhelante en su voz, que la palmera habría querido no ser más alta que un arbusto de retama para que la mujer hubiera podido coger los dátiles con la misma facilidad que las frutas de la zarza. Bien sabía que su copa se hallaba cuajada de racimos de dátiles, pero,

¿cómo iban a llegar aquellas gentes hasta una altura tan vertiginosa?

El hombre se había dado cuenta ya de la imposibilidad de alcanzar los dátiles a aquella altura, por lo que ni siquiera alzó la cabeza, como dando a entender a la mujer que no debía pedir imposibles.

Pero el niño, que correteaba en torno a la palma, jugando con ramas y tallos, había oído la exclamación de la madre.

El niño no podía imaginar que a su madre no le fuera posible conseguir cuanto deseaba. Apenas se habló de dátiles, empezó a contemplar fijamente el árbol. Acercándose a la palmera, la acarició con su pequeña manita y dijo con voz linda e infantil:

—¡Palmera, inclínate! ¡Palmera, inclínate!

¿Qué sucedió entonces?

Las hojas de la palmera zumbaron como bajo la influencia de un huracán y un gran temblor agitó el gigantesco tronco. La palmera reconoció que el Niño era Todopoderoso y no le fué dado resistir a su orden.

Y su elevado tronco inclinóse ante el Niño, como quien se inclina ante un altar. En un arco gigantesco se dobló y su inmensa copa acarició con sus trémulas hojas la arena del desierto.

El Niño no pareció asustarse ni asombrarse, sino que, dando un grito de alegría, corrió a coger, fruto tras fruto, los hermosos dátiles que cuajaban la copa de la vieja palmera. Cuando tuvo suficientes, como la palmera seguía aún doblada, el Niño la acarició y le dijo con voz tierna y amorosa:

PETITA. — (2.a parte)

Hincándose entre las alas tendidas de la golondrina y atándose con el cinturón a una de las plumas...



—¡Palmera, levántate! ¡Palmera, levántate!

Y el grandioso árbol se levantó silencioso y lleno de respeto sobre su flexible tronco, mientras sus hojas sonaban como los acordes de un arpa.

—¡Ahora sé para quién tocan esos cantos de muerte!—díjole la palmera, cuando nuevamente se encontró derecha—. No es para ellos.

Entre tanto, el hombre y la mujer se habían arrodillado y daban gracias a Dios.

—Tú has visto nuestra angustia y nos has librado de ella. Tú eres el poderoso, el que dobla el tronco de la palmera cual la débil caña. ¿Qué enemigo puede dañarnos si tu poder nos protege?

Cuando la próxima caravana que atravesó el desierto se acercó al oasis, vieron

los viajeros que la copa de la gigantesca palmera se había secado.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? — preguntó uno de ellos —. Esta palmera no podía morir hasta que hubiera visto a un rey superior a Salomón en poder y sabiduría.

—Seguramente lo ha visto — contestó otro de los peregrinos del desierto.

SELMA LAGERLOFF

**EL CANJE DE CUPONES TERMINA
EL 21 DE DICIEMBRE**

Se puede hacer personalmente o enviándolos por correo.

Próximamente se publicará la hermosa
leyenda rusa

«EL REY DE LOS ABISMOS»

Es maravillosa. No deje de leerla.



Petita



(2.ª Parte)

El comienzo de este hermoso cuento está en el número 26 de "MAMITA".

Petita transpuso los linderos del bosque, llegó a un gran campo erizado de rastrojos, cuyos tallos parecían agudas estacas clavadas en la tierra; sin embargo, la niña, tiritando de frío, se introdujo en aquel peligroso laberinto.

De pronto tropezó, por haber metido el pie en un agujero que llevaba al escondrijo de una rata silvestre, dueña y señora de una confortable vivienda subterránea perfectamente resguardada y bien provista de trigo, arvejas, frijoles y otras semillas.

Hostigada por la necesidad, Petita hizo abdicación de su amor propio y tendió la mano a la rata, como una mendiga, pidiéndole por caridad medio grano de cebada, pues hacía dos días que no había comido.

—¡Pobre niña!—dijo la rata que, casualmente, tenía buen corazón—; entra, pasa adelante y podrás calentarte y comer algo.

Tan prendada quedó la rata de los modales finos y de la simpatía de Petita, que al día siguiente le dijo:

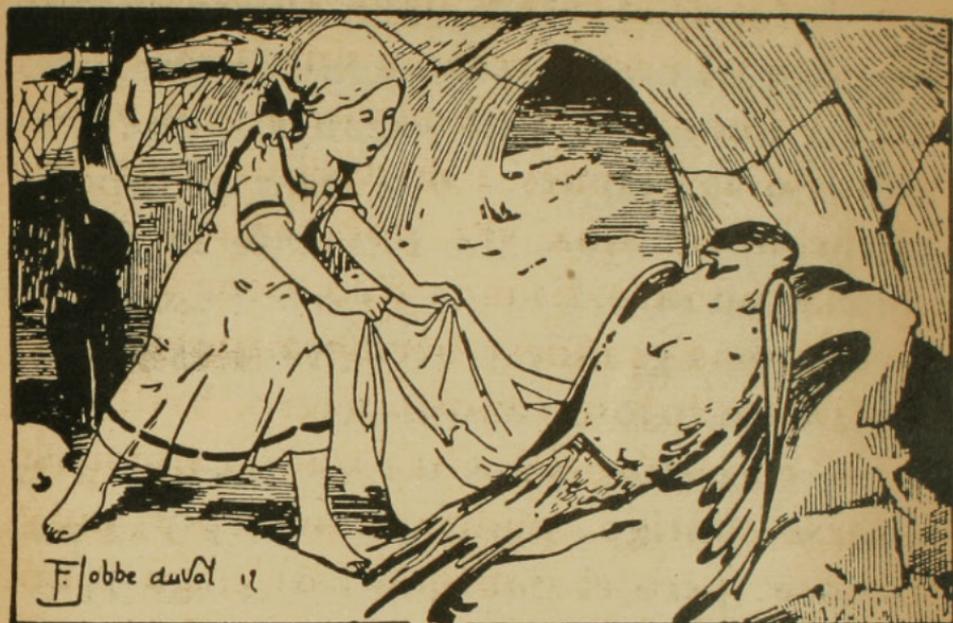
—Oye, niña; si quieres, podrás pasar el invierno en mi casa; no has de hacer más que ayudarme a limpiar y disponer la habitación y, cuando no tengas otros quehaceres, me contarás alguna historieta, pues has de saber que me gustan extraordinariamente.

La niña aceptó de buen grado los ofre-

cimientos de la rata y, desde entonces, ésta la quiso y la trató como a una hija.

—Vamos a recibir una visita—le dijo algunos días después—; mi vecino suele venirme a ver una vez por semana para charlar un rato. Es muy rico, tiene una vivienda más grande y hermosa que la mía y viste un lujoso capolín negro, brillante como el terciopelo. Cree que si quisiera casarse contigo, podrías darte por muy dichosa; pero el pobre es casi ciego y no podrá apreciar tus gracias; no obstante, cuando venga, cuéntale alguna historieta de las muchas que sabes y no dudo que le enamorarás, pues le encanta oírlas.

Estas palabras no lograron interesar a Petita, quien hartó sabía que el famoso vecino de la rata era sencillamente un topo. Al día siguiente, en efecto, hizo éste la anunciada visita, y la rata, para preparar convenientemente su ánimo, le dijo mil



lisonjas sobre su hermosa habitación, sus abundantes provisiones de invierno y, especialmente, sobre su espíritu reflexivo y cultivado. El topo, que efectivamente tenía un aire muy grave y pedante, no perdía nunca su fatua serenidad sino cuando oía hablar del sol con elogio, por lo mismo que sus débiles ojillos no podían resistir los deslumbrantes destellos del astro del día.

A instancia de la rata, Petita entonó varias canciones, entre otras, la que dice: «¡Oh, naranjal!, ¡oh, naranjal!, qué verdes son tus hojas...» y si bien al topo le maravilló extraordinariamente la fresca y hermosa voz de la niña, no por eso lo dió a conocer, tal vez por no faltar a la solemnidad que todo él respiraba.

En cambio, tuvo a bien invitar a la rata y a Petita a hacer una visita a su palacio y recorrer los conductos subterráneos que había labrado a su alrededor, y les advirtió de paso que no se asustaran de un pájaro que habían de hallar a la entrada. «No os hará nada, dijo, debe haber muerto de frío la última noche».

El topo cogió con los dientes un trozo de madera podrida y lo hizo servir de linterna en la obscuridad, precediéndoles y alumbrando con él los largos y sombríos corredores. Al llegar al sitio donde yacía

el pájaro, apoyó su fuerte hocico contra el techo y, dando con él una brusca sacudida, levantó la tierra y por el agujero resultante penetró la luz del día sobre el pájaro. Era éste una hermosa golondrina, con las alas apretadas en los costados y la cabeza y las patas ocultas bajo las plumas, señal evidente de que había muerto de frío.

Este espectáculo conmovió profundamente a Petita. ¡Quería tanto a los pájaros, que con sus trinos le decían cosas tan lindas y que habían alegrado su soledad durante todo el verano! Pero el grosero topo empujó a la golondrina con sus ganchudas patas, diciendo:

—Ya no silbará más. ¡Qué miserables son los pájaros! Durante el verano, se ponen llenos de orgullo y atruenan el aire y aturden a todo el mundo con sus piadas;

pero el invierno les pilla desprevenidos y revientan de hambre o de frío.

—Habláis como un libro—contestó la rata, que se pagaba también de tener un espíritu muy práctico—. Mientras dura el buen tiempo, no piensan más que en divertirse, sin cuidarse de hacer provisiones para el invierno; por cierto que he oído decir que entre los hombres pasa dos cuartos de lo mismo y hasta que es tenido como cosa de buen gusto eso de vivir así a la buena de Dios, dándose aires de poderoso.

Petita no dijo una palabra; pero apenas sus compañeros hubieron vuelto la espalda, se inclinó sobre la golondrina, separó las plumas que cubrían su cabeza y depositó un beso en sus ojillos cerrados.

—¡Quién sabe!—pensó—. Quizás sea uno de los gentiles pajaritos que me saludaron con sus gorjeos, cuando bajaba por el arroyo sobre la hoja de Hierba Mota.

Después de recorrer el laberinto de corredores que conducían a la vivienda del topo, éste acompañó a sus dos vecinas hasta la puerta de su casa y se volvió a la suya. Cerró la noche y Petita no pudo pegar los ojos pensando de continuo en la desventurada golondrina. Para entretener su insomnio, se levantó y trenzó un tapiz con tallos de hierba, lo rellenoó de pistilos de flores que fué a buscar a la farmacia de la rata y, cuando lo tuvo todo dispuesto, envolvió con este suave abrigo, a guisa de sudario, el cuerpo de la golondrina.

—¡Adiós, hermoso pajarillo!—dijo—. El corazón me está diciendo que tú fuiste uno de los que, con tanta alegría, durante el verano y mientras permanecí en el bosque hicieron mis delicias.

Y, diciendo estas palabras, apoyó su frente sobre el pecho de la golondrina. Esta empezó a menearse y acabó por re-

animarse completamente, pues no estaba muerta, sino aletargada por el frío.

En el último otoño, cuando las demás golondrinas partieron en busca de climas más benignos, se quedó algo atrasada, el frío la sorprendió y a duras penas pudo arrastrarse hasta el corredor de la topinera, para escapar a la lluvia que amenazaba matarla.

Petita temblaba de miedo al verla resucitar; pero se armó de valor y, después de envolver aún más el cuerpo de la golondrina en las mantas, se fué a coger una hoja de menta de un olor muy penetrante, recordando que a ella le iba muy bien cuando se sentía enferma, y la puso sobre la cabeza del pájaro.

(CONTINUA EN EL N.º DE AÑO NUEVO).

Adivinanzas

¿Qué es, qué es
del tamaño de una nuez,
Sube la cuesta
y no tiene pies?

Tronco de bronce,
hojas de esmeralda,
fruto de oro,
flores de plata.

* *

* *

En el campo fui nacida
y es el fuego mi alimento;
donde quiera que me lleven
es para darme tormento.

Nunca podrás alcanzarme,
por más que corras tras de mí
y aunque quieras alcanzarme,
siempre iré yo tras de tí.

(CONTINUACION DE LA PAGINA 2)

PREMIOS DE COLORIDO

MENCIONES HONROSAS DE «MAMITA» N.º 22

Olga Troncoso N., Las Heras 713, Valparaíso; Erna Toelg O., Correo Valdivia; Marta Martínez Sepúlveda, Vitacura 606, Los Leones, Santiago; Carmen Rivera C., Pasaje República 16; María Avelina Rojas D., Cumming 60, Santiago; Norma A. Burgos, Vicuña Mackenna 599, Santiago; Antonio Camprubi, Bio-Bío 577, Santiago; Tita Díaz, Coquimbo, Bilbao 481; Emma Salas Neurann, Grajales 2458, Santiago; Hernán Avila M., Santa Rita 53, Población J.; Teresa Cisternas Carvajal, Correo Los Nogales; Nelly Ampuero Díaz Castro, Chiloé; Raúl Simón, Miraflores 590, Santiago; Julio Cerpa, Talca, 3 Norte entre 5 y 6 Pontente; Marta Petersen L., Chiloé 1284, Santiago; Ramón Madariaga L., Rozas 540, Constitución; María Binet, calle Maule 1033, Santiago; Tomás Aravena Araya, O'Higgins 364, Talcahuano; Raúl Claromunt Arens, Casilla 438, Valdivia; Mary Gálvez, Casilla 2891, Santiago; Fernando Sotomayor, San Ignacio 650; Filomena Marticorena E., San Vicente; Tacna; Fernando Espinosa, O'Carroll 784, Rancagua; Fresa López Larraguibel, Casilla 156, Cauquenes; Blanca E. Jiménez Q., Maestranza 936, Santiago; Rosalía Corti, Correo, Limache; Hilda Lizana M., Lautaro 480, Rengo; Judith Fischer P., Providencia 1445, Santiago; Elena Carrasco, Av. Bisquertt 310, Rengo; Arleta Saraos J., Maullín, Escuela 55; Luz Ossa Vial, Miraflores 656, Santiago; Renato Soto P., Petrarca 43, Valparaíso; Eduardo Muñoz V., Vía del Mar, Alvear, Pasaje Gandulfo N.º 18; Josefina García G., Moneda 2534, Santiago.

Soluciones a las adivinanzas
de mamita N.º 24

LA LUNA. — EL HOMBRE. — EL VIENTO. — EL CARACOL

Concurso Literario para Escolares

mamita

la magnífica revista infantil, brinda la ocasión a todos los escolares de Chile, de mostrar sus aptitudes de redacción y su capacidad artística en el Concurso de Cuentos Infantiles, cuyas bases se detallan en seguida, al propio tiempo que ofrece la ocasión de hacerse acreedor a interesantes premios.—Lea Ud. las BASES:

1.º Podrán participar todos los alumnos de Liceos y Escuelas fiscales y particulares, sin limitación de edad.

2.º Tema: Un cuento para niños, de ambiente chileno.

3.º El cuento debe ocupar máximo 8 carillas a máquina, con doble espacio.

4.º Plazo de recepción de originales hasta el sábado 2 de febrero de 1932.

5.º Los cuentos premiados se publicarán en la revista «MAMITA».

6.º PREMIOS: 1.º de \$ 250; 2.º de \$ 100 y 3.º de \$ 50. Menciones honoríficas a que haya lugar.

7.º Los originales deberán venir firmados con pseudónimo. Junto con el original y en sobre aparte, cerrado, debe venir lo siguiente: pseudónimo, nombre y dirección completos; certificado del rector o director del colegio, que acredite que el autor es actualmente alumno del establecimiento.

8.º Los originales serán sometidos al siguiente jurado: Sra. Amanda Labarca, Directora de Educación Secundaria; señorita Marta Brunet, prestigiosa escritora chilena; señor Maximiliano Salas Marchant, Director de Educación Primaria; Hernán del Solar y Luis Enrique Délano.

9.º No se devolverán los originales. Los resultados del Concurso se darán a conocer en la revista «MAMITA», exclusivamente.

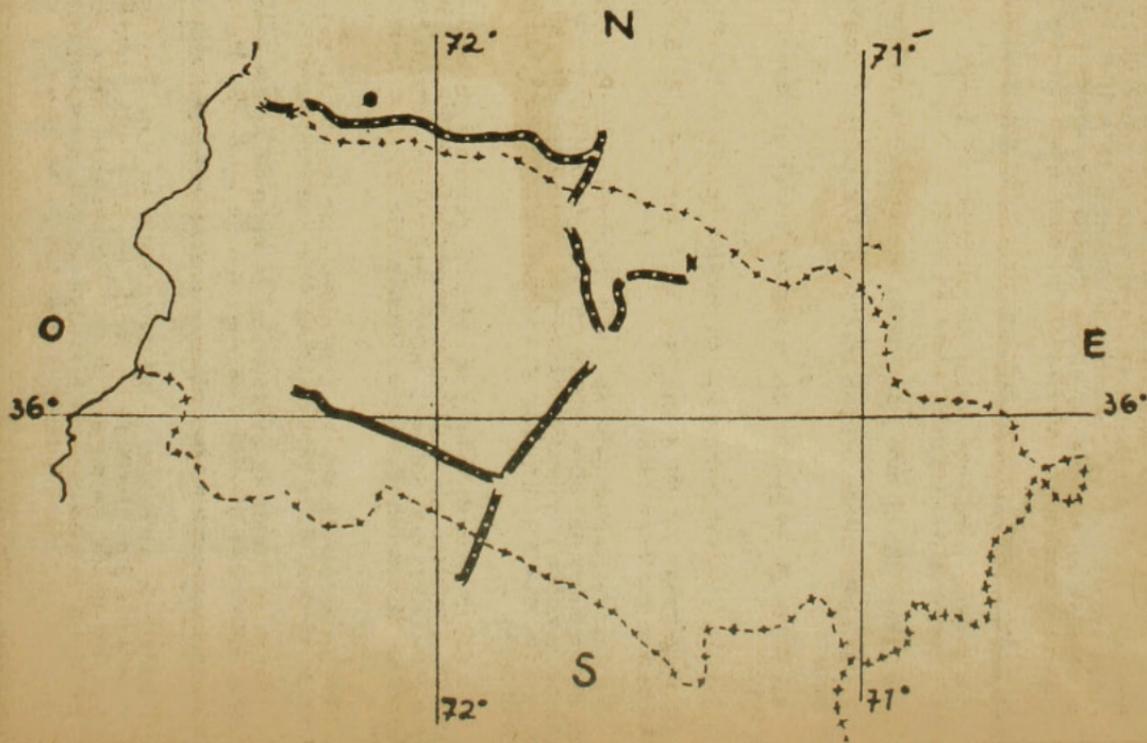
10.º Si se decide la publicación de algunos de los cuentos que obtengan menciones honoríficas, se pagará a su autor la cantidad de \$ 30.

Decídase a participar inmediatamente en este Concurso. Pida consejos a sus profesores y confíe en su propia capacidad. ¿Por qué no ha de conseguir Ud. lo que obtienen otros muchachos? Envíe sus originales, a la brevedad posible, a «MAMITA». Concurso Literario. Casilla 84-D, Santiago.

APRENDA UD. A CONOCER SU PAIS

La serie de mapas mudos de las provincias chilenas le enseñará más que un curso de Geografía.

¡NO LA PIERDA USTED! LE SERVIRA



**Provincia
de
Maule**



La prime-
ra Impren-
ta en Chl-
le.
1810.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

M. R.—A base: Harina calcinada, cacao seleccionado, desgrasado, fos-
fatos, azúcar, etc.